

LUNES III DE PASCUA

Juan 6, 22-29

Después de que Jesús hubo saciado a cinco mil hombres, sus discípulos lo vieron caminando sobre el mar. Al día siguiente, la gente que se había quedado al otro lado del mar notó que allí no había habido más que una barca y que Jesús no había embarcado con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían marchado solos. Entretanto, unas barcas de Tiberíades llegaron cerca del sitio donde habían comido el pan después que el Señor había dado gracias. Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaúm en busca de Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?». Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios». Ellos le preguntaron: «Y, ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?». Respondió Jesús: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que Él ha enviado».

Jesús nos invita a reflexionar sobre la verdadera naturaleza de nuestra fe.

Después de presenciar el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, la multitud busca a Jesús.

Sin embargo, Jesús los confronta con el verdadero propósito de su búsqueda. En lugar de buscarlo por la fe en su mensaje y su persona, la multitud busca a Jesús únicamente por el pan material que les había dado. Jesús los exhorta a no trabajar por el alimento que perece, sino por el alimento que permanece para la vida eterna, el cual él les ofrece.

Esto nos lleva a reflexionar sobre nuestras propias motivaciones en la búsqueda de Dios. ¿Busco a Dios solo cuando necesito algo de Él, o busco verdaderamente una relación de amistad con Él? ¿Reconozco que Él es el verdadero Pan de Vida que sacia nuestras necesidades y deseos más profundos?

La multitud pregunta a Jesús qué deben hacer para realizar las obras de Dios, y Jesús les responde con una respuesta simple, pero muy profunda: "La obra de Dios es que creáis en aquel que Él ha enviado".

Esta afirmación nos recuerda que la esencia de nuestra fe radica en creer en Jesús como el enviado de Dios, en aceptarlo como nuestro Señor y Salvador, convertirnos de verdad, hacer vida nuestra su amor y su misericordia. Quizá la pregunta que nos podríamos hacer a nosotros mismos sería: Por mi manera de vivir, de hablar, de hacer, ¿pueden los demás decir de mí que soy buen cristiano? No se trata de quedar bien delante de los demás, sino de medir la verdad de mi fe según mi vida y mi ejemplo.

Pidamos a la Virgen María una amistad más y más profunda con el Señor, porque es en su Corazón donde está la única fuente donde podemos encontrar la motivación y las fuerzas para ser más santos.